

BOFCI

(Boletín Oficial de la Facultad de Ciencias Inútiles)
Nº 37, jun 03



Cátedra de calcetología

BOFCI

BULITÓN OFICIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS INÚTILES

Dirección en la web:

www.mensa.es/carrollia

La revista **BOFCI**, abreviada en [**B**], es el órgano de comunicación de la FCI (Facultad de Ciencias Inútiles) de Mensa España. Su frecuencia de aparición es ya trimestral, ya irracional. Se entrega con CARROLLIA, el boletín del CARROLLSIG.

Es coordinada, dirigida, editada y remitida por:

Josep M. Albaigès i Olivart e-mail: jalbaiges@caminos.recol.es

ÍNDICE

Dos números dedicados a una prenda tan masculina como la corbata piden como compensación ocuparnos de algo femenino. ¿Y qué prenda más sugerente, más sutilmente evocadora que la media? Ahí va un galopante reportaje sobre lo que ha sido, lo que es, lo que será.

Historia de las medias	3
Si yo fuera mi mujer...	6
El ligüero y su evolución	7
¿Y los ligüeros para caballeros, qué?	9
Los ligüeros en las bodas	9
¿Y los calcetines?	10
Dime qué medias te pones y te diré quién eres	11
calceta/caletín...	11
Pequeños detalles prácticos	12



HISTORIA DE LAS MEDIAS

Las medias femeninas permanecieron durante siglos ocultas a la mirada (y con mayor motivo, las piernas). Entonces se las llamaba calzas.

Una de las muchas leyendas que se cuentan de la reina Isabel de Castilla se refiere al regalo que le llevó el embajador de Francia: un precioso par de calzas de seda bordadas. Inmediatamente estalló el escándalo en la corte. ¿Cómo el embajador podía aludir de un modo tan grosero a la intimidad de la católica soberana? No tenemos ninguna duda de que el regalo sería devuelto con desdén (toda una muestra de la diferencia de costumbres entre los dos países).

Las piernas no existían, literalmente hablando. Al menos es lo que se desprende de otra anécdota ya de época mucho más reciente. Con motivo de un comentario sobre las calzas que usaba otra reina, Isabel (II), el indignado comentario del jefe de la Casa Real fue: “¡Las reinas no tienen piernas!”

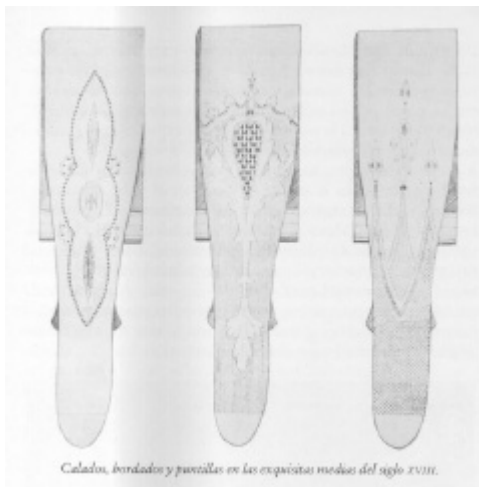
Pero sí tenían, y a muchas les gustaba adornarlas con empaque real. Consta que otra Isabel más, la I de Inglaterra, agradeció mucho a lady Montagu el regalo del primer par de medias fabricadas en un telar, proclamando que le hubiera gustado usar siempre medias como éstas, tubulares, muy adherentes y que tan bien modelaban la pantorrilla.

Pero aunque a través de los siglos las mujeres usaron medias más o menos finas y caras según la moda, éstas permanecían ocultas por la longitud de las faldas, y la mayor atención era dedicada a los zapatos.

De todos modos, los bordados de las medias de estas épocas demuestran que sus usuarias recibían cumplida atención de sus maridos, amantes y favoritos.

Pero llega el siglo XX, y aquí es donde la palabra calzas debe ser sustituida por medias. Ya en 1909 el vestido de paseo de moda, que llamaba *trotteur*, descubre, para hacer más elástico el paso de la mujer que marcha hacia nuevas metas, todo el pie. Y en la temporada 1913-14 las faldas se acortan hasta dejar al descubierto no ya el mítico tobillo, sino la pantorrilla hasta cerca de la rodilla, y aquí es donde la media empieza a constituir un objeto visible, al que hay que dedicar atención. No es ocioso señalar que este aligeramiento va simultaneado con el del busto: Poiret, el famoso modisto parisino, lanza el sujetador y el ligero. Hay un deseo de aire libre, de deporte: la mujer desea bañarse en la playa, pero eso sí, todavía con medias.

Y, en esta aceleración del tiempo, llega la guerra mundial. Las faldas siguen acortándose hasta casi la rodilla, y cuando en los años veinte la moda *à la garçon* invade Europa, la nueva mujer, flaca y casi efébrica, de caderas y pechos breves, se mueve con



Calzas, bordados y puntillas en las exquisitas medias del siglo XVIII.

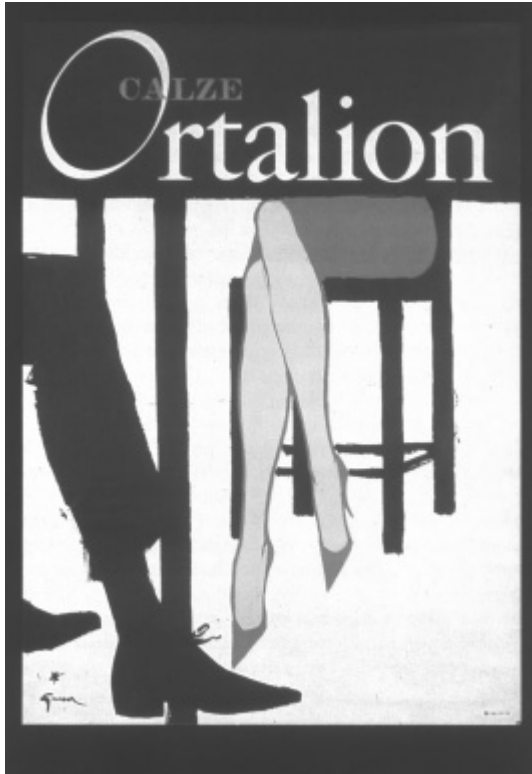


audacia al son de los ritmos sincopados que, importados de USA, conquistan el Nuevo Continente como antaño lo hicieran las fuerzas estadounidenses.

La media prosigue su desarrollo imparable, pese a los constantes desafíos técnicos que planteaba la constante búsqueda de un adelgazamiento compatible con la comodidad, el abrigo y la estabilidad. De pronto, la guerra introduce un nuevo contratiempo: en 1941 el gobierno británico prohíbe el uso y la venta de las medias de seda. Pearl Harbour había cortado el suministro de seda japonesa, y la poca existente debía ser utilizada con fines bélicos, desde los paracaídas a determinados vestidos para las tropas que debían operar en climas nevados. En Europa, las piernas de las mujeres quedan a la vista hasta la misma rodilla, sobre aquellos zapatos casi ortopédicos de suela altísima (los topolinos), y los púlpitos empiezan a tronar contra tantos acortamientos. El Papa arremete contra los “vestidos exigüos que están hechos de tal modo que ponen de relieve lo que deberían ocultar”.

La escasez sigue dejándose sentir, y aguza la imaginación. A falta de medias, buenas son pinturas con un pigmento más o menos ocre. Lo más difícil, la falsa costura, debía ser hecha por una amiga. Hay que ver lo que puede el ingenio.

Y mientras tanto ya había aparecido lo que sería el sustituto de la seda: el hilo de nylon (1937), que pondrá la prenda al alcance de todo el mundo. El 15 de mayo de 1940, cuando se comenzaron a vender las primeras medias de nylon en USA, desaparecieron cuatro millones de pares en cuatro días. Las medias hechas con esa fibra sintética llegaron a Europa con los soldados estadounidenses, y marcaron una nueva época: las medias se rompían menos, y aquellas torturas para coger los puntos soltados, que exigían una habilidad insólita pese al ayuda de lupas, empezaron a ir en retroceso simplemente porque el precio había bajado y



salía más a cuenta comprar un nuevo par.

Las revoluciones se suceden: en 1950 las llamadas “medias de cristal” por su transparencia, provocan nuevas tronadas en los púlpitos, especialmente en países dominados por el clero, como España. Las mujeres yendo a misa, pero no hacen caso: ¡es tan bella la pierna encima realzada por o la media! Y en 1956 nacen las sin costura, que son acogidas con satisfacción: son más cómodas y prácticas, y liberan de la permanente tendencia de aquélla a torcerse. De todos modos, estas innovaciones no siempre son bien acogidas, especialmente por los caballeros, que recuerdan el placer de una señora que se inclina para estirarse las medias o detener, con un dedo humedecido en saliva, la carrera que sube o baja por la pierna.

A fines de los 50 llegan los leotardos, de momento para niño. Pero pronto las mujeres se apropiarán de ellos. Ese invento, convenientemente estilizado, acabará en los hoy omnipresentes pantys.

Pero volvamos a los 60: una jovencísima diseñadora, Mary Quant, lanza la audaz minifalda, que rápidamente obtiene un éxito arrollador. Las piernas, los muslos, saltan al aire.



siguen
vista, y
medias

visual
para

La minifalda es sustituida brevemente por las bermudas y los *hot pants*, que requerían como aquéllas, medias hasta la cintura. Es el momento del panty elástico, a menudo de color y adornado con los motivos más ingeniosos.

En los años 70, ¡ay!, un triste acontecimiento: empiezan a triunfar masivamente los pantalones. La mujer los lleva cada vez más a gusto, y la moda es tan arrolladora que durante unos años las piernas femeninas desaparecen de la vista. ¡Son tan cómodos! No hay que preocuparse por la depilación, ni por las carreras, ni por el viento, ni por nada. De paso, así las medias duran mucho más y sus fabricantes empiezan a preocuparse. Tampoco los varones no se sienten a gusto. La consigna es clara: ¡Hay que fomentar la vuelta a la falda!

El ligero es la prenda sexy por excelencia, la preferida por los hombres, pero tiene serios inconvenientes en cuanto a la comodidad: se desajustan, a veces se sueltan e intentar correr con ellos puestos puede ser todo un drama. Odian el panty: “Armadura medieval, coraza antiestética, incomodísimo para cualquier incursión un poco audaz”; así se manifiestan en una encuesta realizada por la revista *Donna* en 1983, al par que suspiran por el binomio ligero-medias, que los más jóvenes, por desgracia, ya no conocen.



Y la media tradicional vuelve por fin. Pero ya nunca será como antes: convive con el panty. Con todo, la variedad puede compensar esta pérdida. Las medias son lisas, de colores, con dibujos, permiten todos los caprichos del diseñador. Aparecen mil tipos de ligeros. Las ligas, también recuperadas, son de variados colores, con predominio del rojo, y recuperan el carácter simbólico de que ya gozaban en la Edad Media, cuando aquel rey emitió la célebre frase “*Honni soit qui mal y pense*” al devolver a una dama la liga que se le había caído danzando.

De pronto, en los años 80, la media se oscurece, y en ese color, cuando no totalmente negra, triunfa en toda la línea, recordando la España del Siglo de Oro. Pronto *El Corte Inglés* y demás fabricantes intentarán destronarlas (¡hay que variar, hay que comprar cosas nuevas!). Pero la media negra resiste años y años de este acoso comercial, y entramos en el siglo XXI sin que nada enturbie su reinado.

Es interesante preguntarse el por qué de esta fidelidad femenina al negro (que tampoco disgusta del todo a los hombres). Sociólogos de enjundia se han sumergido en el estudio, y las conclusiones varían: desde quien piensa que simplemente adelgaza hasta quien supone que proporciona una relativa seguridad a la mujer que se olvida así de estar exhibiendo sus piernas. Sea como sea, la media oscura permanece y no parece que en fecha próxima vaya a ser desterrada.

El nuevo siglo, valorador por ahora de la novedad a ultranza, llega a la audacia máxima: el vestido-media, aunque dudamos de su aceptación.

Josep M. Albaigès, Barcelona, sep 02



SI YO FUERA MI MUJER...

En los primeros años 60 un imaginativo promotor tuvo una idea genial: compró

una partida de medias invendibles y las bautizó con la marca *Berkshire*. Para impulsar su venta, se le ocurrió la publicación en los periódicos de unas fotografías en las que una foto cortada en dos mostraba en la parte superior la imagen de un varón más o menos sesudo, y en la inferior unas atractivas piernas femeninas, con la leyenda: “Si yo fuera mi mujer luciría medias Berkshire”. En unos tiempos en que hasta las modelos debían ser importadas de otros países europeos para anunciar trajes de baño, la idea fue resultando.



Hasta que llegó el cataclismo. En la prensa uno de los anunciantes era nada menos que Alfredo Di Stefano, la estrella del Real Madrid de la época, el club vencedor de cinco copas de Europa. El anuncio era difundido incluso radiofónicamente: “¿Saben qué les digo? Que si yo fuera mi mujer, luciría medias Berkshire”. Y la reacción fue fulminante. Los madrileños, especialmente los hinchas del famoso club, censuraron acremente el “ridículo” de su líder. “Luce la camiseta del Madrid, y esto es intolerable”, decían unos. “Cuando uno se llama Di Stefano no puede prestarse a estas maniobras”, decían otros. ¡El machismo ibérico, en entredicho! Y Di Stefano tuvo que pensarlo mejor, devolver el cheque de

varios centenares de miles de pesetas (cifra muy sustanciosa para la época) y pedir que se retirara el anuncio. Los promotores de las medias se frotaron las manos: sin que les costara un duro, habían hecho más publicidad que nunca.

Los sociólogos han sacado abundantes consecuencias sobre el estado del país en aquellos años a través de esa anécdota. Costará a la juventud de hoy entender esta reacción, pero ahí está la historia. ¡Viva el audaz promotor de las medias *Berkshire*!

EL LIGUERO Y SU EVOLUCIÓN

La liga se había popularizado a mediados del siglo XVIII gracias a la difusión de la media llevada a cabo por las sederías francesas, que extendieron el uso de esta prenda, hasta entonces propia de los hombres, a las damas de la corte y las burguesas de las ciudades europeas. Al principio tabú (“Las reinas de España no tienen piernas” exclamaba el Jefe de la Casa Real de Isabel II), pronto se convertiría en fetiche, apareciendo a la vista en cuanto las



faldas se acortaron por encima del pie, exhibiendo leyendas amorosas de los amantes que las regalaban. “La risa de mi morena alivia toda mi pena” reza una de éstas conservada en el *Museu del Tèxtil i de la Indumentària* de Barcelona.

El liguero nació de una imaginativa innovación de los fabricantes de corsés: sin más que añadir a la parte baja de éstos unas tiras de tela elásticas con sujeciones, inspiradas en los tirantes masculinos, la media quedaba firmemente sujeta a las piernas. La gráfica presenta el bello modelo ideado por el corsetero Lindauer en 1901.

Pronto la prenda adquirió autonomía propia, especialmente en Europa, donde el afán de no reducirla meramente a un cinturón con los elásticos introdujo los imaginativos encajes que todavía forman hoy su esencia. Es curioso que algunos autores franceses hayan querido atribuir la paternidad de la invención a Gustave Eiffel para satisfacer las quejas de su mujer sobre los problemas de

circulación que le ocasionaban las ligas. Pero según Lila Stajin, autora de una historia del liguero, el mérito recae en Féréol Dédiéu, un fabricante de la *rue Saint-Sébastien*, quien alegó que las ligas ordinarias “impedían una circulación de la sangre, hacían que los pies hincharan y además perdían rápidamente su elasticidad”.

La representación en Londres de *La ópera bufa* de Offenbach puso al en las danzarinas las medias sujetas al corsé elásticas. De allí pasaría la nueva prenda a Unidos para regresar a Europa convertida una pieza mas o menos ortopédica, sino en que no se sabe qué admirar más, si la sugerencia erótica.

En efecto, el siglo XX trajo una consideración del liguero radicalmente generalización del deporte en una mujer movimiento más continuo llevaba a esas armaduras de seguridad que eran los modista francés Paul Poiret suprime en corsé de los maniqués y les acorta en 1908 el cabello. En veloz sucesión, la I Guerra Mundial trae trabajos para la mujer que exigen una falda más corta y ponen en entredicho el mismo liguero, ya convertido en pieza independiente: nada más incómodo y difícil que tener que correr con éste puesto para cazar el autobús.

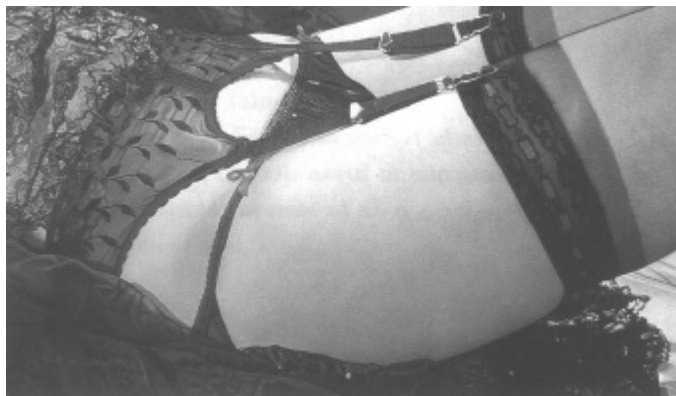


buena
se

gran
descubierto
con medias
los Estados
no ya en
algo en lo
belleza o la

distinta. La
cada vez en
suprimir
corsés. El
1906 el

Y esto trae consigo una transformación radical no de la pieza en sí, sino del carácter con que éste es vista: estático, sugerente, erótico, íntimo, fetichista, y pasa de pieza de vestir funcional a elemento íntimo de alcoba. Según *El gran Diccionario erótico*, el ligero femenino constituye hoy uno de los oscuros deseos de estimulación erótica para el hombre, quizá porque se halla en la mitad del muslo, a medio camino del fruto que esconde la mujer. “Su carácter fetichista ha ido aumentando a medida que su uso se ha ido desprendiendo de su función original”.



Mientras tantos, las faldas seguían acortándose, lo que requería drásticas medidas. La hebilla era bella en la intimidad, pero inoportuna en público. Y en sustitución del ligero vino el panty, pieza en consonancia con el nuevo nivel tecnológico que mientras tanto se había alcanzando, pues es obvia su mayor complicación. Sin ir más lejos, los fabricantes, para mantener la misma producción de medias transformadas en pantys, tuvieron que multiplicar por cinco sus plantillas de personal. ¡Y sin embargo, los precios descendieron! Prueba del éxito de la nueva prenda, cuya aceptación masiva permitió reducir costes.



De todos modos, el panty no gustaba nada a los caballeros, lo que fue redundando en una separación cada vez mayor entre la media-práctica y la media-erótica. A medida que la mujer renunciaba al cilicio, se acentuaba definitivamente la función representativa del ligero, tanto más valiosa en una época de libertad sexual y de emancipación de la mujer. Kart Graus resume esta situación en *Detti i Contradetti*: “En el fondo, el drama del fetichista es que se excita con un zapato de mujer y debe conformarse casi siempre con una mujer entera”.

¿Y LOS LIGUEROS PARA CABALLEROS, QUÉ?

Casi totalmente olvidada está hoy esa prenda, bien usual hasta hace medio siglo. Obviamente un calco del ligero femenino, se ceñía bajo la rodilla aprovechando el saliente de la pantorrilla. Un anuncio en La Vanguardia, en 1917, proclamaba:

Nueva liga Alaska. A doble sujetador. Patente 60.796. No nos crea, cuando afirmamos es la única solución práctica de la liga de caballero. Quiera convencerse prácticamente, y a su primera prueba, admitirá el hecho indiscutible de su superioridad. Venta al mayor, La Manufacturera Alaska SA, Hospital 51, 1º, Barcelona.

El gráfico adjunto produce hoy sonrisa a quienes olvidan que en un tiempo de exhibición de calcetines pudo ser tan importante la falta de arrugas en éstos como lo es hoy lo mismo para las mujeres.



JMAiO, ene 2003

EL LIGUERO EN LAS BODAS

El equivalente a la hortera ceremonia de cortar la corbata al novio en algunas bodas de medio pelo (“sutil” metáfora sexual) tiene su equivalente femenino en la extracción que en algunos países hispanoamericanos debe hacer el novio del ligero de su esposa... con los dientes (otras veces, las amigas de la novia le relevan de este “deber”). La presa es lanzada a algún soltero, como hace poco lo fuera el bouquet, y al destinatario tiene que ponérsela a la muchacha que se ganó el ramo. Veamos una descripción tomada de la web:

La celebración transcurría por los caminos acostumbrados. Los camareros iban y venían, trayendo y retirando platos y bebidas al ritmo que marcaba la gula de los invitados. Llegó el momento de la tarta y los novios usaron para cortarla una espada de estilo oriental que los amigos les habían regalado. Fue también ese el momento que las amigas de la novia eligieron para quitarle la liga de las medias, haciendo un corrillo para que nadie viera más de lo que su imaginación le permitiera, y la cortaron en trocitos, al igual que la corbata del novio, que sufrió el mismo destino, y que después colocaron en una bandeja y fueron vendiendo entre los invitados, recogiendo al final unas cien mil pesetas, cantidad más que considerable, y cuyo destino era, naturalmente, conseguir que el viaje de los novios fuera disfrutado más aún por éstos, si eso era posible.

Consúltese <http://www.vda.com.ve/gil/alparga/boda.htm>

JMAiO, dic 03

¿Y LOS CALCETINES?

Los calcetines, siempre altos, y mejor aún con ligas; no compréis calcetines bajos para no tener la tentación de usarlos.

Alberto Arbasino, *El anónimo lombardo*.

Las cosas han cambiado. La media, que antaño fuera una prenda fundamentalmente masculina, destinada a su visión y deleite, ha pasado al sexo opuesto, y no dejamos de celebrar este cambio, visto el partido que las féminas han sacado de él. Con este motivo, hasta el nombre cambió: la calza o calceta se llama hoy media, cuando no panty. Pero el nombre es lo de menos: como diría Julieta, “con cualquier otro nombre, sería igual de bonita”.

Le queda al hombre el calcetín. Pero, en los últimos años, éste ha emigrado bajo el pantalón, y esta huida lo ha relegado como símbolo de la elegancia. No es casual que esto haya coincidido con el auge de la corbata, prenda que en otros lugares estudiamos como se merece. En unas épocas (años 60), en que el pantalón era bajo, la vista podía apreciar el calcetín, y esto permitía algunas fantasías en colores: rojos, amarillos, cuadros, puntos y hasta cornucopias se vieron en aquellos felices años. Bien es cierto que por la misma razón se veían a veces viciosos espectáculos: franjas de piel peluda o lechosa por encima de unos calcetines bajos, que descalificaban al punto, sin apelación alguna, a quien con tanta temeridad o ingenuidad los llevaba.

Pero, instalada al parecer como definitiva la moda del pantalón sobrelargo, que llega a montar (a veces escandalosamente, no desdeñando ni siquiera las viles arrugas acordeónicas) sobre el zapato, el calcetín, como prenda invisible, se refugia en modestos colores: gris, negro, o (¡cuidado!) beige.

Pese a todo, la pierna masculina sigue haciendo acto de presencia, aunque sea al arremangarse los pantalones para prevenir su desgaste por las rodillas, y los elegantes seguirán preguntándose cuál es el más adecuado.

Unos años se impuso el “calcetín ejecutivo”, suave como una media y de color invariablemente oscuro, pero su excesiva finura casa mal con la rugosidad de la pierna masculina, cuyas vellosidades pueden entreverse fácilmente. Por ello no siempre es recomendable.

Si uno es lo bastante audaz como para atreverse con otros colores, ¿cuáles deben ser éstos? En los manuales *bon ton* de la época citada se daba como axioma que el calcetín debía combinar con la corbata. Ejemplos: “Si ésta es roja y blanca se puede permitir un burdeos muy oscuro; si es azul, los calcetines también lo serán”.

Es decir, que si la corbata es amarilla, ¿deberán ser los calcetines igualmente gualdas? No seré yo quien haga el experimento. El calcetín no debe entonar precisamente con la corbata, sino (¡regla de oro!) con la indumentaria en su conjunto, que a su vez se conjugara armónicamente. Pues la corbata no deberá darse de bofetadas con la camisa ni con el traje.

La regla de todo buen cuadro es que el color esté todo él en cada una de sus partes, evitando agresiones visuales. De la misma forma que la corbata debe mantener armonía con la camisa a través de una repetición de tonos, también ocurrirá lo mismo con el calcetín.

Esto conocerá sus excepciones, que sólo los realmente elegantes sabrán descubrir: será siempre un tanto hortera la vestimenta totalmente blanca, desde los zapatos a la corbata, aunque no totalmente gris, siempre que los grises guarden una adecuada gradación. ¡Ojo con el verde! Muchos han naufragado con él.

DIME QUÉ MEDIAS TE PONES Y TE DIRÉ QUIÉN ERES

Las medias que luce una mujer elegante no solamente harán juego con el vestido y los complementos, sino con el físico y la personalidad.

Las reglas sobre este sujeto deberían ser tantas como mujeres. ¿Existen algunas normas comunes? Sólo aproximadamente: cualquiera de ellas podrá ser contravenida por una mujer con imaginación y seguridad.

- Son convenientes los colores oscuros y sólidos y texturas en punto elástico con ropa oscura para adelgazar y estirar la figura.
- Las medias finas darán un toque de sofisticación y elegancia. Advirtamos una vez más que deben conjuntar con el traje.
- Por el contrario, son desaconsejables en el trabajo. Excepción: las ejecutivas.
- Debe combinarse el color de las medias y de la falda para estilizar la silueta.
- Los colores pastel o los pantys blancos con una falda oscura deben evitarse. Posible excepción: mujeres muy altas, que puedan permitirse el “efecto partición” de la figura.
- Los pantys con estampados, crochet y encaje pueden dar un toque de fantasía al atuendo. Indicadas para cócteles, funciones teatrales, fiestas de sociedad, etc.
- Si va a comprar medias para un par de zapatos especial, conviene llevarlos consigo para poder ver a simple vista cómo combinan. Encontrar la marca y el estilo indicados de las pantys es como encontrar el lápiz de labios.
- No tema ensayar. ¿Quiere verse alta, fornida u original? Use botas cortas o zapatos oxford con medias opacas livianas cubiertas con pikys para proteger la media y proporcionar una declaración de moda. ¿Quiere estilizar su figura? Las medias negras son lo indicado, con zapatos leves y falda oscura. ¿Desea atuendo deportivo? No tema las medias de franjas o colores llamativos.
- Los pantys son el elemento imprescindible para la mujer activa. No se mueven, no se arrugan (siempre que se haya elegido bien la talla). Inconvenientes: pueden apretar en el vientre, oprimir las nalgas, no insinúan las formas del cuerpo. Pero algunos son reductores.
- Las medias con falsa liga decorativa (*stay up*) son cómodas pues suprimen la presión de los pantys o ligeros sobre el vientre. Son muy sexys, y por ello poco recomendables para faldas largas sin aberturas laterales... a menos que se busque deliberadamente el efecto. Vd. sabrá.

(Tomado de Internet)

calceta/calcetín/calza/leotardo/malla/media/panty

La *calza* es una prenda cuya forma y funciones han variado con el tiempo. Inicialmente cubría el pie, luego la totalidad de la pierna hasta la cintura (hoy esta pieza es llamada *leotardo*, o *panty* cuando es femenina). En ese momento se escindió en dos piezas, las *medias calzas* o *medias*.

Finalmente cubrió sólo los muslos y después sólo la pierna y el pie, recibiendo el nombre de *calceta*.

El *calcetín*, versión reducida del anterior, cubre sólo el pie, hasta la rodilla como máximo. La *malla*, algo menos ceñida que el leotardo, termina en el tobillo, sin cubrir el pie.

(Tomado del *Diccionario de matices*, de Josep M. Albaigès).

PEQUEÑOS DETALLES PRÁCTICOS

Hay una manera indicada para ponerse las medias. Tómese unos minutos para colocarlas correctamente y siga estas simples instrucciones:

- Quítese todas las joyas y objetos agudos y revise que no tenga bordes ásperos en las uñas de las manos ni de los pies. (Esto reduce en gran medida aquellas locas mañanas en que "se me desmallaron en cuanto me las puse").
- Enrolle cada pierna de la media y coloque la puntera de la prenda sobre su pie. Con suavidad suba una de las piernas de la media, luego repita con la otra pierna.
- Levante el resto de la media hasta la cintura —¡pero no tire demasiado!—. Alise el tejido mientras revisa por si hubiera vueltas y torceduras.
- Por último, quítese las medias con el mismo cuidado con el que las colocó... y de la manera más sexy posible, aunque esté sola. ¡Entrenamiento!

Tallas de las medias

La selección de la media que le ajuste adecuadamente es una de las mejores maneras de asegurar una vida útil máxima. Si su media es demasiado ajustada, tiene más probabilidades de romperse y minimiza su flexibilidad.

- La mayoría de los medias tienen una tabla en el reverso del paquete en donde se indican los valores de altura y peso para cada talla. Posiblemente Vd. ya ha descubierto que una talla A en una marca de medias no necesariamente es el mismo que una talla A de otra marca. Eso se debe a que muchas marcas usan distintos hilos de diferentes fuentes y con diversas características, y también pueden utilizar maquinaria y construcciones del tejido diferentes.
- Es excusable que distorsione la verdad acerca de su peso cuando habla con una amiga. Pero debe ser honesta consigo misma cuando compre medias para asegurarse el tamaño indicado.
- Si usted está en el límite superior de un margen de talla, es por lo general conveniente comprar la talla siguiente para obtener un ajuste y un confort máximos. Las mujeres más grandes o corpulentas deberían buscar productos en tallas más grandes, con frecuencia llamados *queen size*, que están diseñados especialmente para ellas.

Lavado y cuidado de las medias

El cuidado de sus medias es una simple ecuación: si cuida bien estas prendas, durarán más.

- Lave las medias con cuidado y a mano, usando un detergente suave que no contenga blanqueador con cloro, que removería el color y dañaría las fibras. Si prefiere la lavadora, colóquelos en una bolsa para medias o en una funda de almohada en el ciclo suave de lavado con un detergente suave.
- Para detener una carrera incipiente bastan unas gotas de laca de uñas incolora.
- Para secarlas, coloque uno o dos pares de medias en una toalla, enróllela y apriétela suavemente. Esto evita que las medias se estiren cuando se las cuelga para secar. Nunca intente secar las medias en la secadora.
- Los pikys (microcalcetines finos y bajos, que quedan ocultos por el zapato) son muy útiles cuando hace calor y no se pueden llevar medias. No se ven y evitan las ampollas y rozaduras en los pies.